

Humor contra el opresor

En Euskadi siempre se hará “una lectura política” de todo aquello que se escriba desde la ficción sobre una determinada época y sobre unos determinados protagonistas de la época, eso Fernando Aramburu ya lo sabe y asume la lectura que vayan a hacer algunos de sus lectores vascos. No le parece mal, solo explica que en otros lugares sus novelas y cuentos con personajes de esta tierra, como la pareja de aspirantes a terroristas de ETA que se quedan colgados en Francia cuando en 2011 la organización declara el alto el fuego (los protagonistas de *Hijos de la fábula*, en Tusquets), nadie va a leer entre líneas ni a reflexionar sobre la ideología del autor ni nada parecido. Se lee, fuera, como la ficción que es; una, de paso, que se vale del humor absurdo, de la parodia, de una situación que alguien ha comparado ya con lo que Chaplin hizo con el Führer en *El gran dictador* y que resulta, por tanto, divertida. “Es hacer parodia del tirano. No soy el primero que hace humor contra el opresor, ya ha ha-



bido otros también aquí, como Borja Cobeaga con *Vaya semana*”. Lo que tenía claro es que la risa, en ningún caso, podía hacerse a costa de las víctimas, de “hacer daño a personas que ya han sufrido mucho. Eso no nos lo podemos permitir”.

Para escribir *Hijos de la fábula*, en la que solo aparecen los aspirantes Asier y Joseba y algún que otro colega que se queda sin banda de repente, Aramburu se empezó a dar respuesta a una pregunta que le había rondado la cabeza ya desde el anuncio del alto el fuego. Habría personas por ahí que no querían dejar las armas, que querían continuar en esa lucha. ¿Qué pasaría? “Es muy fácil tirar abajo esa declaración”. Es lo que Asier y Joseba hacen en el libro, fundando primero el Comando

Tarn —en honor del río que pasa junto a la granja en la que esperaban recibir las clases prácticas que nunca llegaron— y reconvirtiéndolo después en GDG (*Geurea da Garaipeña*, aunque haya quien lo lea como Grupo de Gilipollas o Gudarís de Guata o...).



Fernando Aramburu publica la tercera entrega de la serie que él llama *Gentes vascas: Hijos de la fábula*, en Tusquets

Bien mirados, al escritor guipuzcoano ahora los dos chavalotes del GDG le parecen también víctimas de su propia ideología, de sus sueños de pasar a la Historia (a la que llegan tarde, se dicen ellos), de su empeño por sacrificarse por una patria que no los reclama. “No son víctimas al mismo nivel que las del terrorismo, pero me lo empiezan a parecer porque podrían llevar una vida normal pero hacen es-

to y pueden hasta perder la vida”.

Hijos de la fábula acompaña a Asier y Joseba y sus ansias de pasar a la posteridad narrando “una situación absurda que se desarrolla de forma lógica, como hacía Kafka”. El libro es la tercera entrega de la serie que él llama *Gentes vascas*, después de *Los peces de la amargura* y *Años lentos*. “No es ETA lo que me interesa, sino la gente de mi tierra y cómo

mo hemos vivido. Es inevitable aludir a la violencia, que existió en un amplio margen temporal de mi vida”. Novelas como esta, y películas, documentales y ensayos, pueden ser parte de ese archivo público de la memoria que conservará testimonio de lo que ocurrió. “Conviene cultivar la memoria fuera del cerebro de las personas, que es muy frágil”.

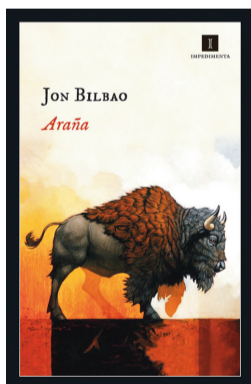
Elena Sierra

Jon elevado al cubo

Jon escribe que John escribe que John hace; y John enseña ciertas cosas a Jon que enseña ciertas cosas a Jon. Puede esperarse eso de la escritura y de la lectura. “Ayuda a pasar a limpio unas ideas y concretar pensamientos. Y a tomar distancia y tener más perspectiva. Si no te lleva a entender del todo las cosas, sí te lleva a sentirte un poco mejor”, dice Jon Bilbao, que es en realidad el único de los tres que existe más acá de las páginas. Es el autor de *Araña* (Impedimenta), donde un escritor que lleva su nombre y con el que comparte muchas coordenadas vitales crea un personaje de nombre John Dunbar, un habitante del Lejano Oeste con el que ya había coincidido en *Basilisco*. En dos líneas narrativas paralelas —una en Asturias y Euskadi hoy, otra en los territorios desconocidos (para los blancos) de EEUU de finales del siglo XIX—, ambos van avanzando en sus vidas echando de vez en cuando la vista atrás. Crecen y evolucionan, descubren algunas verdades o, al menos, algunas cosas útiles para

cada uno. John sirve de apoyo a Jon, que hace posible a John. No es un lío. Es una novela que son relatos, que es independiente de *Basilisco* y al mismo tiempo la completa. Es una historia de Western, de frontera, entendida “como un espacio liminal, lo que hace que tenga un enorme potencial narrativo y que puede trasladarse a otros entornos. Como a la cocina de nuestra casa. A día de hoy, la frontera suele ser más un espacio interior que exterior”.

El narrador Jon se ha separado, ha iniciado otra relación y ha visto que no salía del todo bien; ha abandonado la ingeniería por la literatura y trata de inspirarse para nuevas aventuras de su personaje John Dunbar mientras cuida a los hijos. Mientras, Dunbar, liberado de *Araña* y de Lengua Azul, hace de guía de unos peregrinos que buscan en



el límite con el Pacífico su particular Paraíso (sin mujeres). Todos los personajes buscan. “El libro es pura transición. Es un salto de fe: no sabemos lo que hay al otro lado pero lo vamos a intentar”, describe su autor. “Y es una búsqueda en la que descubren que lo importante no es

obsesionarse por una meta, sino aprender a ser mejores personas”. Así de sencillo. “No hay que obsesionarse por un paraíso, por algo perfecto, por una idealización que nunca va a estar a la altura de lo que esperaban”.

Todo esto se cuenta con capítulos alternos —uno para Jon y otro para John— en los que puede pasar de todo. Tiroteos, torturas, vacaciones familiares, persecuciones, llamadas incómodas al móvil. Y hasta que el narrador Jon se encuentre con el niño que fue en un día bastante triste o se decida a enfrentar a esa ara-



Araña, la última historia de Western, de frontera, del escritor Jon Bilbao

ña del título, la melancolía que fagocitó a su madre. “Son las libertades que te permite la ficción. A estas alturas de la película, no hay que obsesionarse con la verosimilitud porque los lectores de hoy en día son inconscientemente posmodernos: cuando

leemos hoy una obra de ficción o vemos una serie, nuestro referente para comparar no es la realidad, sino la infinidad de obras de ficción que hemos consumido desde que éramos niños”.

E. S.